

EL APRENDIZ DE CABALISTA CÉSAR VIDAL



Enfrentado con Francia, Carlos V decide recurrir a las artes mágicas para asegurarse la victoria. Sin embargo, Hayim, el instrumento elegido por el joven emperador, no es un mero taumaturgo sino un prestigioso cabalista, expulsado de España en 1492 y dotado de un conocimiento oculto y prodigioso. Las órdenes imperiales brindarán a Hayim la oportunidad de cambiar la Historia pero, sobre todo, la de alterar su propia existencia. La historia del cabalista, entretejida por los hilos dorados y peligrosos de la pasión prohibida, la sabiduría oculta y el ansia de salvación, nos ofrece así un vigoroso fresco de la Europa renacentista pero también plantea temas tan perdurables como el carácter real de la naturaleza humana y su denodada lucha en pos del amor y del conocimiento.

A Sagrario. Sin ella, este libro
no se hubiera escrito. Ni siquiera
habría podido nacer en mi imaginación.

Italia, 1525

|

El rabí Hayim Cordovero siguió contemplando el suelo mientras notaba cómo iba en aumento el dolor que se le había enroscado con insoportable potencia en la ya un tanto encorvada espalda. Lamentablemente, los soldados que le habían arrancado de su morada se habían negado a escuchar sus protestas. Por supuesto, había alegado que era un judío situado bajo la protección directa del papa y que, precisamente en virtud de esa peculiar circunstancia, no tenían ningún derecho a menoscabar su hacienda, a maltratarlo y, mucho menos, a detenerlo. Podían ser brutos, pero hasta el más ignorante católico sabía que la palabra de la Santa Sede tenía la fuerza casi mágica de la ley y que, entre sus decisiones reiteradas pontificado tras pontificado, estaba la de disponer de judíos propios a los que otorgaba una curatela ocasionalmente similar a la que disfrutaban las niñas de sus ojos.

En honor a la verdad había que reconocer que los soldados no se habían burlado de él ni tampoco habían tratado de golpearlo. Más bien, en todo momento, sus rostros se habían asemejado a una máscara de frialdad y dureza surcada esporádicamente por una mueca de desprecio. A pesar de todo, no había podido evitar que lo prendieran.

—El cesar Carlos requiere tu comparecencia —era todo lo que le habían dicho antes de montarlo a horcajadas en un corcel y obligarle a cabalgar por aquella parte perdida pero singularmente hermosa de la península italiana.

No hubiera podido precisar con exactitud el tiempo que les llevó el inesperado viaje, pero sí era consciente de que

no se habían detenido en ningún momento ni porque comenzara a llover —¿llover?, ¡diluviar más bien!— ni porque los caballos estuvieran a punto de reventar. De hecho, cada vez que las bestias que cabalgaban parecían a punto de exhalar el último aliento, alcanzaban alguna posta inesperada donde eran cambiadas por monturas frescas, una circunstancia que les había permitido no interrumpir el trayecto más que unos instantes.

El rabí Hayim Cordovero no tenía la menor idea de dónde podía alojarse en aquellos momentos el emperador. Tampoco poseía ningún conocimiento preciso del tipo de soberano que era. Sabía —eso sí— que para lograr que lo eligieran ocupante del trono alemán el jovencísimo Carlos había repartido sobornos a manos llenas. Si era cierto lo que se rumoreaba, al final no había sido su condición de nieto de Maximiliano, el anterior emperador, sino aquel deslumbrante derroche de oro lo que le había otorgado la codiciada corona venciendo a pretendientes tan importantes —y ambiciosos— como Francisco I de Francia o Enrique VIII de Inglaterra.

Endeudado hasta las cejas debía de encontrarse aquel monarca, eso era verdad, pero aparte de ese dato, el rabino no disponía de ninguna opinión bien fundamentada sobre la conducta que podía seguir para salir bien parado de un encuentro con sus funcionarios. Precisamente por eso, no le sorprendió el hecho de que, tras molerle los huesos con aquella interminable cabalgada, los soldados le condujeran hasta una chorreante tienda de campaña en lugar de a las cercanías de alguno de los múltiples palacios que había desperdigados por aquellas tierras. Cuando penetraron en aquella morada destinada a servir de albergue provisional y castrense el rabí Hayim Cordovero experimentó la primera humillación seria desde que había dado inicio aquel agotador viaje. Apenas había traspasado el umbral de tela empapada de la tienda, uno de los sudorosos soldados le propinó un inesperado empujón que lo catapultó

contra el suelo, y cuando intentó ponerse en pie notó que unas manos de hierro se clavaban en sus hombros sujetándolo como si de garfios se tratara.

—Mantente de rodillas, judío —oyó que susurraba sobre su nuca una voz empañada de asco y soberbia a la vez que teñida de un pesado acento germánico.

Por si malinterpretaban cualquiera de sus gestos y procedían a golpearlo, el rabí Hayim Cordovero ni siquiera osó levantar la inclinada cerviz. Al principio, aquella postura forzada le pareció llevadera. No era cómoda pero, desde luego, resultaba muchísimo mejor que arriesgarse a recibir una patada o un puñetazo. Incluso intentó relajar los músculos y aprovechar para que su posición le sirviera de descanso de la espantosa cabalgada a que se había visto obligado en las horas precedentes. Sin embargo, a medida que la espera se fue dilatando notó con desaliento cómo las articulaciones comenzaban a dolerle en penosa sucesión. Primero, el foco de dolor sordo se despertó en la nuca, doblada y encogida. Luego, compañeros de aquel primer punto agónico aparecieron en los hombros y el inicio de la espalda. Finalmente, como si de hongos que salpicaran el suelo de un bosque se tratara, la desazón se extendió ardiente e insoportable a los brazos, las piernas y, sobre todo, las rodillas.

Quizá otro en su situación se habría quejado o, al menos, habría dejado escapar un suspiro de dolor. El rabí se cuidó mucho de permitirse semejante muestra de debilidad. La experiencia le había enseñado que los gemidos paridos por el sufrimiento provocan ocasionalmente la compasión pero también pueden ser los padres de un maligno sentimiento de diversión en el que los oye. En ese caso concreto, no actúan como barreras frente a nuevas agresiones sino más bien como acicates para que éstas se cometan, y eso era lo último que deseaba que le sucediera.

Para entretener la angustia que había comenzado a anidarle en el pecho, el rabí Hayim Cordovero decidió refle-

xionar sobre las razones que habían podido ocasionar aquella ingrata situación. ¿Para qué podía desear convocarle ante su presencia el flamante y jovencísimo emperador? Cuanto más se formulaba aquella pregunta más recordaba los rumores bien fundados acerca del método que había empleado para que la corona imperial se ciñera sobre sus sienes. ¡Dinero! ¡Siempre dinero! Si resultaba cierta semejante información —y el rabí Hayim se temía que lo fuera—, era muy posible que el emperador deseara utilizarle como una vía para sangrar una vez más a los judíos. Sí. Era cierto que él mismo no tenía ningún caudal salvo sus libros y que carecía asimismo de influencia sobre las comunidades hebreas que residían en Italia, al menos sobre la decisión de financiar al cesar Carlos. Sin embargo, cualquiera que conociera la historia de los judíos sabía que los monarcas que habían intentado robarles no siempre contaban con una información fidedigna acerca de su auténtica fortuna. Más bien actuaban impulsados por la creencia en las riquezas supuestamente fabulosas de los judíos, una idea no por absurda menos repetida y menos creída.

«Bien», se dijo Hayim, «supongamos que el emperador Carlos desea obtener dinero de mí. ¿Qué voy a contarle?»

Iba a intentar responderse a esa pregunta cuando percibió un entrechocar de armas que tenía lugar a su espalda. Dedujo que había llegado alguien importante y, por prudencia, decidió mantener su actitud servil.

—Judío —escuchó que le decía en latín una voz cargada de preocupación—. Incorpórate. El cesar Carlos desea hablar contigo.

II

No le causó buena impresión al rabí Hayim Cordovero el rostro del emperador. Pálido, delgado, con el mentón cuadrado y extraordinariamente alargado hacia delante y unos labios gordezuelos y sobresalientes, daba la impresión de ser más un muchacho malcriado que el señor de un imperio donde no se ponía el sol. Muchacho... sí. No le cabía duda a Hayim de que no llegaría a los veinticinco años de edad, lo que no podía calificarse de una fortuna. Precisamente por ser tan joven carecería de la experiencia que sólo proporciona la edad y estaría dispuesto a creerse todas aquellas solemnes majaderías relativas a los tesoros de los judíos.

Por un instante, Hayim se preguntó hasta qué punto la mezcla de sangre podía haber influido en el aspecto malo del muchacho. Su madre, Juana, la hija de los Reyes Católicos, era una pobre enajenada a la que tenían recluida desde hacía años para impedir que pudiera hacer daño a alguien o a sí misma. En cuanto al padre, Felipe el Hermoso, había sido un mujeriego sin pudor muerto en una de sus imprudentes francachelas. Desde luego, no se trataba de los progenitores que uno habría elegido suponiendo que existiera semejante posibilidad.

Las reflexiones del judío sobre la ascendencia del emperador se interrumpieron bruscamente cuando éste le dirigió una mirada acuosa como la de un pez y a continuación pronunció unas frases en un idioma no menos áspero que el alemán. El rabí Hayim lo reconoció enseguida. Era flamenco, y en honor a la verdad había que admitir que Carlos lo

hablaba a la perfección. Dado que era la lengua de su difunto padre posiblemente también se trataba del idioma en que primero había aprendido a expresarse.

Naturalmente, el rabí Hayim podía haber comunicado a sus raptores que comprendía sin ningún género de dificultades la pregunta que acababa de formular el emperador, pero prefirió guardar silencio. Si ignoraban sus conocimientos lingüísticos se verían obligados a recurrir a un intérprete, y los instantes que éste dedicara a traducirle las palabras de Carlos constituirían un tiempo precioso que utilizaría para pensar en alguna respuesta prudente.

—*Loquisne linguam latinam?* —preguntó un clérigo que estaba en pie al lado del emperador.

Hayim contestó a la pregunta de si hablaba latín de manera afirmativa aunque en un tono convenientemente humilde. Había recorrido lo suficiente Europa como para saber que conocer la lengua de Virgilio seguía siendo una señal indiscutible de distinción y no deseaba despertar la envidia de ninguno de los presentes.

Apenas había respondido cuando, de manera inmediata, el clérigo —traduciendo la primera pregunta del emperador— le interrogó acerca de su identidad. Sí. Era Hayim Cordovero. En cuanto se hubo identificado, las preguntas se sucedieron con una celeridad que contrastaba con el aspecto abúlico del emperador. ¿Tenía tantos años? ¿Había viajado por tales y cuales países? ¿Resultaba cierto que era amigo de Johannes Reuchlin, el erudito alemán? ¿Era asimismo verdad que le había enseñado hebreo tiempo atrás? A todas y cada una de las preguntas respondió Hayim de manera afirmativa pero humilde. Sabía que la seguridad podía ser malinterpretada como prepotencia y ése era un pecado que nunca se perdonaba a un judío. Jamás olvidaría cómo, paseando una vez por las calles de Roma, había contemplado a un goy, a un no-judío, procedente de Alemania que preguntaba a un hijo de Israel por una calle concreta. El judío, un romano bienhumorado, le había contes-

tado señalando que era justo la que tenía a la espalda. Se trató de un simple comentario desprovisto de cualquier tinte de burla y acompañado por añadidura de una sonrisa amplia y amable. El alemán, sin embargo, lo había interpretado como una burla del judío y, rápido como el relámpago, había descargado un fustazo sobre su rostro. Hayim recordaba perfectamente que el desdichado perdió un ojo a consecuencia del golpe mientras el germano recibía las alabanzas de sus acompañantes por sofocar de manera tan contundente la soberbia de hebreo. No, no tenía ningún deseo de quedar tuerto simplemente porque su interlocutor fuera tan torpe como para malinterpretarlo.

Llegados a aquel punto del interrogatorio, el emperador y el clérigo hicieron una pausa e intercambiaron una mirada cargada de sentido. No pudo interpretarla Hayim cabalmente, pero sospechó que estaban aproximándose al meollo de la cuestión, precisamente el que había provocado que lo sacaran de su casa a altas horas de la noche sin ningún género de explicaciones.

—¿Es cierto que gozáis de la condición de judío del Santo Padre? —preguntó en latín el clérigo.

—Sí, señor —respondió Hayim—. Disfruto de ese privilegio desde hace varios años.

El emperador esperó a que el judío concluyera su respuesta y se dirigió en flamenco al sacerdote para decirle que interrogara a Hayim acerca de las razones que habían llevado al romano pontífice a otorgarle una condición tan singular.

—Le curé de una grave enfermedad —contestó Hayim después de que le formularan la pregunta en latín.

Nuevamente, el emperador se dirigió al sacerdote pero, para desgracia de Hayim, esta vez no dijo nada, sino que se limitó a levantar suavemente la diestra del brazo de la silla donde la tenía apoyada. Sí, ahora sí que había llegado el momento. El clérigo se mojó los labios con un gesto desagradable que asemejó la punta de su lengua al órgano bí-

fido de algunas serpientes y después clavó en el judío la mirada, una mirada que pareció ahora impregnada de un brillo vigoroso y enigmático.

—¿Entre los conocimientos que dispensaste a *micer* Johannes Reuchlin se hallaba por un casual el de una ciencia oculta conocida como Cábala?

Había que reconocer que aquellos dos hombres sabían llevar a cabo un interrogatorio. Primero, le habían formulado preguntas aparentemente sin importancia, lo suficientemente triviales como para que se confiara. Luego, al conducir la conversación hacia su condición de judío papal, habían retirado casi por completo cualquier velo de desconfianza que pudiera cubrir sus respuestas, y justo entonces, cuando la guardia se hallaba bajada, habían descargado el golpe tramado bastante tiempo atrás. El rabí Hayim Cordovero no pudo evitar la sensación de que una mano gélida y férrea descendía sobre su pecho, como si fuera un reptil oprimiéndole el corazón.

De modo que de eso se trataba... El emperador tenía la intención de acusarle de brujo y hechicero. Posiblemente, comenzaría a continuación un proceso contra él y, finalmente, desencadenaría una persecución sobre las juderías que se colocaran a su alcance en el curso de su triunfal campaña por Italia. No cabía afirmar que fuera un plan original pero tampoco cabía negar que podía resultar efectivo. Tenía que pisar con sumo cuidado el terreno que se abría ahora ante él si no deseaba acabar muy mal. Sabía por experiencia que cuando la gente se empeñaba en culpar de crímenes absurdos a los judíos ningún razonamiento podía disuadirlos de su estupidez.

¡Y qué acusaciones habían llegado a formularse! ¡En Inglaterra los habían culpado de envenenar el agua de las fuentes, en Alemania de que los varones tenían la menstruación como las hembras debido a sus hechicerías, en Francia de que consumían sangre humana y en España de que asesinaban niños indefensos! Todo eran absurdas ca-

lumnias, pero una vez que la desenfrenada rueda de la locura se había puesto en funcionamiento le constaba que ya resultaba imposible detenerla. Fue el temor cervical a que comenzara a girar sobre su cabeza el que llevó a Hayim a esforzarse por controlar la irritada agitación que se había apoderado de él. Entreabrió la boca para tragar una bocanada de aire y respondió:

—No sólo enseñé la disciplina de la Cábala a maese Reuchlin. También he iniciado en ese saber a dos papas...

El enjuto clérigo mantuvo silencio mientras sus pobladas cejas se elevaban formando unos arcos grises y redondeados sobre unos ojos abiertos como platos. El emperador, por su parte, se llevó una diestra blanquecina, en la que se dibujaban algunas venillas azulencas, hasta el mentón y comenzó a acariciárselo lentamente.

—¿Eres consciente de que la práctica de la Cábala es motivo más que suficiente para encausarte por brujería? —preguntó el clérigo con un tono de cólera mal controlada.

Se había dirigido a él sin que previamente hablara el emperador y aquella circunstancia provocó en Hayim una sensación de inesperado alivio. Quizá los dos personajes no estaban tan de acuerdo como podía parecer a primera vista y, si era así, tenía mayores posibilidades de salir bien parado de aquel encuentro.

—Señor —respondió humildemente Hayim—, jamás pensé que una disciplina que podía llamar la atención de dos hombres santos como los últimos papas o de un erudito de la talla de maese Reuchlin fuera susceptible de encuadrarse en la calificación de hechicería.

No objetó nada el clérigo a aquella respuesta pero por la manera en que torció sus finos labios le pareció obvio a Hayim que se sentía especialmente violento. No daba la sensación de que el emperador compartiera aquel malestar. Sin manifestar la menor alteración, formuló en flamenco una nueva pregunta que provocó en Hayim una sensación ambigua.

—No —respondió el rabí Cordovero tras escuchar la traducción al latín—. Ignoro cómo se pueden convertir en oro los metales menos nobles pero, si se me permite decirlo, no creo que, en realidad, nadie sepa cómo conseguirlo.

Esta vez, por el juvenil rostro imperial pasó rápido como el rayo un mal ocultado gesto de contrariedad. Por el contrario, el clérigo sonrió levemente. Se había tratado de dos movimientos faciales apenas perceptibles, pero bastaron a Hayim para saber exactamente lo que sucedía. Era el cesar Carlos el que estaba interesado en contar con sus servicios mientras que el clérigo aquel —fuera quien fuese— no dejaba de sentirse profundamente molesto ante semejante posibilidad.

El emperador abrió lentamente los finos y azulencos labios y volvió a expresarse en flamenco. Sin embargo, esta vez, el rabí Hayim Cordovero no esperó a la traducción. El judío reprimió a medias una sonrisa de satisfacción y, provocando la sorpresa del cesar Carlos y de su intérprete, contestó ahora en la lengua de Flandes.

—Sí, majestad. Puedo cambiar el curso de una batalla valiéndome de la Cábala.

III

El rabí Hayim penetró sigilosamente en la habitación sumida en la penumbra nocturna. Tal y como había esperado mientras cabalgaba agotado de regreso a casa, encontró al muchacho profundamente dormido. Seguramente, lo había esperado durante un tiempo prudencial y, al fin, había optado por subir a descansar a su recámara. Había hecho bien. Cuando se tienen diecisiete años el sueño es tan indispensable como una alimentación apropiada, e incluso más. De jóvenes que no duermen debidamente sólo acaban surgiendo ancianos decrepitos o muertos prematuros.

Los cabellos pelirrojos del muchacho habían adquirido una suave tonalidad castaña a causa de la ausencia de luz y su respiración acompasada indicaba que estaba reposando adecuadamente. Hayim reprimió el deseo de acariciarle la cabeza pero no pudo evitar el experimentar una profunda sensación de ternura al contemplar aquel cuerpo largo y delgado descansando bajo la abultada ropa de cama. Durante unos instantes, el rabí mantuvo sus ojos posados en el joven adolescente mientras percibía cómo un millar de sentimientos le subían desde el corazón hasta formarle un nudo agridulce en la garganta.

Procurando hacer el menor ruido posible, Hayim se apartó del lecho encaminándose a la puerta. Abrió con sumo cuidado la pesada hoja de madera de roble y salió al exterior. A continuación, esforzándose para que sus pisadas no sonaran demasiado y turbaran así el sueño del muchacho, enfiló hacia su gabinete.